

El otro eternamente aborrecido.
No hay duda ya; la deja, la abandona
El desleal mancebo;
Con espinas corona
El tierno amor de tiempos más felices,
Que aún en ella conserva hondas raíces.

Desde el infausto día,
De su fiel corazón fué desterrada,
Como huésped molesto, la alegría.
¿Tendrá su pena coto?
¿Otra pasión la encontrará indefensa?.....
No sé; mas siempre que un amante voto
Le jura lealtad, la niña piensa
En el cántaro roto.

DEL SEÑOR

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

VELUT UMBRA.

CREPÚSCULO.—PROBLEMA.—MISERERE.—¡AMOR!—EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.
À VOLTAIRE.—LAS ARPAS MUDAS.

VELUT UMBRA.

¡ Oh incesante desvarío
Del hombre! ¡ Oh mentida gloria,
Tan fugaz y transitoria
Como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío
Va empujando tu memoria,
Que brilla un punto en la historia
Y se pierde en el vacío.

¡ Cuánto César ya olvidado!
¡ Cuánta vieja desventura,
Que ni aún recuerda la gente,

Habrá visto, habrá alumbrado
Ese sol, desde la altura
En que gira indiferente!

A medida que hacía el puerto
Va marchando del olvido,
Aparece cuanto ha sido
De espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,
Ha pensado y ha sentido:
Es el despojo perdido
De la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,
¿Quién el misterio adivina?
¿Quién á descifrarlo alcanza?
Tan oscuro es para el hombre
Lo pasado que declina,
Cual lo porvenir que avanza.
¿Dónde está la oculta fuente
Del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito Oceano
Va á parar esa corriente?
Principio y fin, velozmente
Se buscan y dan la mano;
Y en el gérmen bulle el grano,
Y en el grano la simiente.
La flor, que arrebatada el viento,
Préstale al campo marchito
Nuevo jugo y nueva vida;
Mas ¿quién en el movimiento
Del génesis infinito
Recuerda la flor caída?
¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
Sobre las ciudades muertas
Álzase nuevas ciudades.
En ignotas soledades,
En regiones hoy desiertas,
Yacen, de polvo cubiertas,
Las glorias de otras edades.
Cae en mortal cautiverio
Cuanto el alma inquieta y muda
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra.

Mayo 23, 1873.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
Y la luz tibia y dudosa
Del crepúsculo envolvía
La naturaleza toda.
Los dos estábamos solos,
Mudos de amor y zozobra,
Con las manos enlazadas,
Trémulas y abrasadoras,
Contemplando cómo el valle,
El mar y apacible costa
Lentamente iban perdiendo
Color, transparencia y forma.
A medida que la noche
Adelantaba medrosa,
Nuestra tristeza se hacía
Más invencible y más honda.
Hasta que al fin, no sé cómo,
Yo trastornado, tú loca,
Estalló en ardiente beso
Nuestra pasión silenciosa.
¡Ay! al volver suspirando
De aquel éxtasis de gloria,
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,
Y en nuestra conciencia sombra.

PROBLEMA.

Ciego; ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
Una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
De espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
Alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
El eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
Sometida al dolor, con sangre traza
La historia de sus luchas gigantes?
Y si es ficción la gloria prometida,
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiracion del mundo
Y ostentacion de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
Y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
Surca el ancho firmamento,
Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre són,
Con que llama á la oracion
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
En honda calma reposa,
Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.
Colgada lámpara envia
Su incierta luz á lo léjos,
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan
Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
La régia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.
Es que el César Cárlos Quinto,
Con mano firme y segura,
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario,
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto

En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra
Con aquella voz concisa,
Que oyó en el siglo, sumisa
Y amedrentada la tierra.

—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
Varones que honrais la fama,
Antiguas y excelsas glorias,
De vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros,
Un clamor confuso y hondo
Parece brotar del fondo
De aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
De los sepulcros, ya abiertos:
La serie de reyes muertos
Despues á salir empieza,
Y es de notar la tristeza,
El gesto despavorido
De los que han envilecido
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado
Se alza Felipe Segundo,
En su lucha con el mundo
Vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,

Y detras del rey devoto,
Aquel que humillado y roto
Vió desmoronarse á España,
Cual granítica montaña,
A impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
De infausta y negra memoria,
En cuya edad, nuestra gloria
Como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece todavía.....
¡Ay, qué terrible armonía,
Qué oscuro enlace se nota
Entre aquel mísero idiota
Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
Y en silencioso concierto,
Todos los reyes que han muerto
Van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
Cobra los vitales bríos,
Y se aglomeran sombríos
Aquellos yertos despojos,
Aquellas cuencas sin ojos,
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
Respondiendo al llamamiento,
Cual si llegára el momento

Del santo juicio de Dios,
Acuden de dos en dos
Por claustros y corredores,
Príncipes, grandes señores,
Prelados, frailes, guerreros,
Favoritos, consejeros,
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
Por su semblante amarillo
El fosforescente brillo
Que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
Con mil terrores secretos,
Viendo aquellos esqueletos,
Que ante el César, que los nombra,
Se deslizan por la sombra
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
Cuántas grandezas pasadas,
Cuántas invictas espadas,
Cuántas firmes voluntades
En aquellas soledades
Muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
Que el genio habitára en vida,
Convertidos en guarida
De miserables gusanos!

Desde el triste panteon

En que se agolpa y hacina,
Hacia el templo se encamina
La fúnebre procesion.
Marcha con medroso són
Tras del Rey que la congrega,
Y cuando á la iglesia llega,
Inunda la altiva nave
Un resplandor tibio y suave,
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
Como en los siglos pasados,
Reyes, príncipes, prelados
Toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
Por el templo se derrama,
Rindiendo culto á la fama
Con que llena las historias,
Aquel haz de muertas glorias,
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
De Carlos, que el cetro ostenta,
Llega al órgano y se sienta
Un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
En el gran teclado imprime,
Y la música sublime
Que á inmensos raudales brota,
Parece que en cada nota
Reza y llora, canta y gime.